

LA COARTADA

A wooden gavel with a textured head and a smooth handle rests on a stack of three books. The books have dark covers and white pages. In the background, a pair of brass scales of justice is visible, hanging from a stand. The scene is set against a dark, warm-toned background, possibly a wooden surface or a draped fabric.

Úrsula Blanos

Lilian, una abogada penalista, se reencuentra con una amiga a la que hacía años que no veía y se ocupa de impedir que su pareja la siga maltratando, denunciándole por violencia de género. Como consecuencia, ese hombre pretende vengarse de las dos, por lo que ambas se verán inmersas en una trama de venganza y asesinato, en la que ella deberá asumir ante los tribunales la defensa del presunto culpable.

Se despertó sobresaltada. A la incierta luz que penetraba a través de los maderos entreabiertos de la ventana intentó distinguir algo a su alrededor. Fuera, el bronco rugir del viento arrojaba los copos de nieve contra la ventana y silbaba luego, alejándose del albergue con un quejido sordo. Se incorporó sobre un codo restregándose los ojos con una vaga sensación de inquietud. ¿Dónde estaba y a qué obedecía el frío que experimentaba y que parecía calársele hasta los huesos?

Recorrió con la mirada la habitación de techo abuhardillado, sostenido por unas gruesas vigas de madera. Enfrente de su cama vio una tosca cómoda y bajo la ventana una butaca de cretona floreada sobre la que había dejado tirada su ropa al acostarse. Estaba tan cansada la noche anterior que no había reunido las fuerzas necesarias para colgarla en el armario que se adivinaba a su izquierda, frente a la puerta del cuarto de baño. Tan cansada que no había esperado a Mariví, que dormía en la cama gemela, pese a que se había introducido en el lecho dispuesta a aguardar a su amiga leyendo, aunque no había llegado a abrir el libro, ya que el sueño la había vencido de improviso.

Como a Mariví no le sobraba el dinero, se habían conformado con reservar una habitación de dos camas en aquel albergue de Navacerrada, en el que tenían previsto pasar el fin de semana con el objetivo de apartar momentáneamente a su amiga del riesgo de que la encontrara su expareja. Un tipo violento que parecía disfrutar haciéndole la vida imposible y que no se resignaba a aceptar que la relación de los dos se había terminado definitivamente.

Intentó distinguir a su amiga en la cama vecina sin decirse a encender la luz para no despertarla. No se percibía

el menor sonido procedente de esa cama, ni tan siquiera el del suave hálito de su respiración, por lo que terminó de sentarse en el lecho escudriñando las sombras que la envolvían. Tampoco distinguía ahora el bulto que debía formar el cuerpo de la chica bajo las mantas, por lo que se levantó silenciosamente y se aproximó con una sospecha que no tardó en confirmar. En la cama contigua no había nadie ya, aunque estaba deshecha. Al parecer se había levantado sin hacer ruido y había dejado la cama revuelta antes de salir de la habitación.

Se acercó a la puerta del cuarto de baño y llamó con los nudillos.

—Mariví, ¿estás ahí?

Al no obtener respuesta la abrió. La luz rojiza del amanecer penetraba a través de la ventana y atravesando la desierta estancia iba a caer sobre el plato de la ducha. Tanteó con un dedo su superficie de cerámica. Estaba húmeda, lo que denotaba que su amiga la había utilizado poco antes.

¿Habría bajado a desayunar sin esperarla?

A tientas regresó a su cama, donde tomó asiento, acomodándose sobre las rodillas para apoyar la barbilla en sus manos. A Mariví le entusiasmaba esquiar, así que era más que probable que hubiese salido bien temprano a deslizarse sobre la nieve, se dijo. No había motivo para preocuparse.

Pero sí estaba inquieta. Como de entre una neblina espesa fue extrayendo los sucesos acaecidos en los últimos días, que fueron perfilándose difusamente en su mente para ir adquiriendo consistencia a la par que se acrecentaba su desasosiego. ¿La habría encontrado Gabriel en aquel escondido y nevado paraje de la sierra?

Aún adormilada, fue evocando el reencuentro de los dos al cabo de los años, ya que, pese a que habían sido inseparables mientras cursaron la carrera en la facultad de Derecho, se habían ido distanciando paulatinamente a partir de la obtención del título, ya que siguieron caminos dis-

tintos. Lilian consiguió colocarse como pasante en un despacho de abogados y Mariví en un selecto establecimiento de objetos de regalo de la calle de Serrano, que realizaba aún más con su presencia, pues la chica hubiera podido trabajar igualmente como modelo o incluso como actriz de cine, ya que disfrutaba de una fisonomía sumamente atrayente. Era alta y esbelta y poseía un abundante cabello cobrizo que enmarcaba un semblante de tez muy blanca, en el que campeaban sus grandes ojos de color violeta. Llamaba la atención por dondequiera que fuese, eclipsando a Lilian, que, a su lado, desmerecía hasta el extremo de resultar invisible para los compañeros de facultad, y para el sexo masculino en general, en todos los eventos en los que participaban.

Y no porque fuese fea. Aunque de menor estatura que Mariví, su silueta era esbelta y bien proporcionada, sabía mover con gracia la melena castaña que le llegaba hasta los hombros y sus ojos ambarinos, bordeados de pestañas largas y rizadas, destacaban en su rostro, que en toda época, incluso en pleno invierno, parecía estar tostado por el sol.

Pero no cabía parangón posible entre las dos. Lilian lo había aceptado muchos años atrás. Incluso, por la fuerza de la costumbre de que nadie se fijara en ella cuando iban juntas, había llegado a considerarse carente de todo atractivo. Conoció entonces a Alfonso, un procurador de los tribunales con el que coincidía a menudo en los juzgados de la calle Capitán Haya, con el que mantuvo una relación que había durado tres años largos, hasta que una mañana, cuando se dirigía ella a la cocina a preparar el desayuno de los dos, se lo encontró ya vestido en esa habitación y con una expresión extraña.

—Lil, tenemos que hablar.

Con los ojos cargados de sueño, había tomado ella asiento en una silla para apoyar los codos en la mesa de la cocina y levantar la mirada hacia él.

—Sí, ¿de qué quieres que hablemos?

—De nosotros. Creo que nos hemos equivocado.

No le entendió. Trabajaban los dos demasiado, pero en su opinión se compenetraban bien y su convivencia no sufría demasiados altibajos.

—Creo que debemos dejarlo, —continuó él—. Es mejor que lo hagamos ahora, antes de que no podamos soportarnos.

Y se marchó. Se fue del piso que habían alquilados sin explicarle qué era lo que se había roto ni en qué le había decepcionado. Tardó Lilian en recuperarse y quizás para paliar esa sensación de fracaso se había volcado en el ejercicio de su profesión, erigiéndola en el eje de su existencia. Era una buena abogada y pronto pasó a ocupar un despacho independiente en el piso de la calle Miguel Ángel, como una más del colectivo de compañeros que la habían contratado como pasante cuando finalizó sus estudios.

A Gabriel no había llegado Lilian a conocerle. Aún vivía con Alfonso, cuando Mariví la había llamado por teléfono al despacho para referirle cómo había tenido lugar el primer encuentro de los dos en la tienda donde ella trabajaba. Según le contó, había entrado él en el establecimiento con la intención de comprar un bolso para una mujer, de la que no le aclaró su identidad ni la relación que mantenían, y la invitó a salir. Pese a la costumbre que la chica tenía de encandilar al sexo contrario, lo que aceptaba con cierta displicencia, en esa ocasión fue diferente. Parecía haber ascendido desde que le conoció a un lugar ignoto, en el que flotaba, ajena a los que le rodeaban. Sonreía sin motivo, se sobresaltaba al experimentar el menor roce, como si regresara a la realidad desde un lugar que solo a ella le estaba reservado, y, abstraída, no atendía cuando se le dirigía la palabra ni entendía el significado de las frases que le iban dirigidas. Como en éxtasis le aclaró el motivo una tarde en la que quedaron en la terraza de una cafetería. Mientras expe-
lía el humo de su cigarrillo, le refirió que había conocido a

un hombre que parecía un galán de cine. Alto, moreno, con los ojos verdes, guapísimo, y que además nadaba en la opulencia. En un Porche descapotable de color blanco la había paseado por Madrid cuando a la tarde siguiente fue a recogerla a la tienda y le regaló el bolso que había comprado el día anterior.

A ese regalo siguieron otros muchos. Llamaba por teléfono a Lilian para quedar con ella y enseñárselos. Le entusiasmó a su amiga sobre todo un mechero de oro, con un elefantito incrustado, en el que Gabriel había mandado grabar los nombres de los dos. Se lo mostró mil veces, se lo alabó otras tantas y le repitió hasta el aburrimiento que no podía existir en la tierra otro hombre como él.

A partir del día en el que le mostró ese encendedor espaciaron los encuentros entre las dos, porque Mariví ocupaba todo el tiempo que le dejaba libre su trabajo en salir con él. Poco después se trasladó al piso donde vivía Gabriel, lo que le refirió por teléfono con todo lujo de detalles y más tarde dejó de llamarla. Intentó Lilian repetidamente conectar con ella por el móvil, pero el de su amiga estaba siempre desconectado o fuera de cobertura, por lo que fue resignándose al distanciamiento que la nueva situación de su amiga había impuesto. Hasta que cinco días antes, un lunes, veintinueve de febrero, había reaparecido inopinadamente en su vida alterando su apacible existencia.

Capítulo 1

Había transcurrido el mes de febrero tan súbitamente, que apenas si había tenido constancia del devenir de sus gélidos días. Una sucesión de neblinas matinales y de anticipados crepúsculos a los que no había prestado atención por la sobrecarga de trabajo que aún tenía pendiente. Lo atestiguaba el cerro de papeles que se acumulaban sobre la mesa de su despacho. Un montículo ordenadamente dispuesto por la secretaria en función de su volumen, que Lillian desbarataba buscando el más urgente en cuanto se presentaba en el bufete y ponía en marcha el ordenador.

Esa mañana había adelantado maquinalmente la hoja del calendario que tenía sobre la mesa. Era veintinueve de febrero, un día especial, del que solo disfrutaban los mortales cada cuatro años, pese a lo cual llovía acompasadamente en la calle como la víspera, sin ningún signo que lo diferenciase de los que le habían precedido ni probablemente de los que le seguirían. Eso fue lo que pensó, sin imaginar que su vida, rutinaria y a veces hasta aburrida, iba a sufrir un vuelco.

Había logrado ya encontrar los autos correspondientes al asunto más apremiante y recuperado el documento que había redactado con anterioridad en el ordenador, cuando la secretaria llamó con los nudillos a la puerta de su despacho.

—Tienes una visita, —le comunicó, entreabriendo ligeramente la hoja.

No solía Anita levantarse de su mesa, sita en la antesala, bajo la ventana que daba a un patio de luces, para acercarse a los respectivos despachos, cuatro en total. Se limitaba a anunciarles la llegada del cliente de turno por el teléfono interior, pero en esa ocasión se permitió además asomar su expresivo rostro por la estrecha abertura para hacerle un gesto significativo, simulando agredirse directamente en un ojo con el puño. Lilian se hallaba absorta con los ojos fijos en el monitor y no apartó su mirada del aparato, lo que motivó que la secretaria carraspeara para llamar su atención. Al comprobar que la abogada continuaba imperturbable, tecleando sin darse por aludida, se decidió a entrar en el despacho y aproximarse a la mesa.

—Lil, —le susurró— tienes una visita. Una mujer que no ha solicitado cita previamente. ¿Le digo que vuelva otro día?

Por primera vez pareció oírla Lilian y levantó hacia ella sus claros ojos ambarinos.

—¿Una mujer? No espero a nadie esta mañana. ¿Qué es lo que quiere?

Sonrió Anita divertida.

—¿Que qué quiere? ¿Qué va a querer? Quiere verte. Dice que es muy urgente y que es amiga tuya. Que fuisteis compañeras en la facultad de Derecho y que se llama Victoria Díaz. ¿Te suena?

—¿Mariví?, —inquirió Lilian incrédulamente.

La secretaria se encogió de hombros. Era una chica muy joven, de ensortijado cabello oscuro, que llevaba muy corto, y nariz respingona que confería a su semblante un aire de travesura y le hacía aparentar menos años de los que realmente tenía. Vestía una cortísima minifalda e iba encaramada a unos taconazos sobre los que se mantenía en equilibrio con dificultad.

—No sé si es esa Mariví a la que has aludido. ¿Qué le digo?

Se olvidó Lilian del recurso que la mantenía absorta hasta ese momento, para acodarse sorprendida sobre la mesa. ¿Cuál podía ser el motivo de su visita al cabo de tantos años de no verse? Cinco al menos. Seguramente habría pasado por delante del portal del edificio en el que trabajaba y había decidido subir para recordar viejos tiempos. Inconscientemente se atusó su corta melena e intentó ver su rostro reflejado en el cristal del retrato de sus padres que tenía sobre la mesa, ante la mirada curiosa de la secretaria. Luego le indicó que hiciera pasar a la recién llegada.

Anita salió para regresar instantes más tarde con una mujer. Pero no era Mariví. Solo se asemejaba a su amiga en la estatura, superior a la normal. Escondía la recién llegada sus ojos tras unas gafas oscuras que le ocultaban también parte del rostro. El cabello, liso, sin gracia y de un apagado color rojizo, lo llevaba sujeto en la coronilla con una goma y vestía un gastado chaquetón de cuadros sobre un pantalón azul marino, ambas prendas de una talla mayor de la que le correspondía a su figura, que en el presente podía conceputarse de flaca, más que de estilizada. Unos zapatones bajos y anchos completaban su desastrosa indumentaria.

Lilian se la quedó mirando sin reaccionar, preguntándose quién podría ser. Le recordaba a alguien, pero no podía ser a su amiga de la facultad. Aquella era una chica preciosa y esta, además de desaliñada, carecía de todo atractivo. Se había detenido en el umbral con aire tímido y finalmente avanzó unos pasos hacia ella, mientras Anita se marchaba cerrando la puerta a su espalda.

—Hola Lil, —musitó apenas.

Ahora sí, era su voz. Era Mariví. Pero no parecía la misma. ¿Qué podía haberle sucedido para haberse convertido en otra mujer, enjuta, huesuda y de piel reseca? El cabello que se había recogido en una lacia coleta, no guardaba punto de contacto con la brillante melena cobriza de antaño ni tampoco quedaba en su semblante, medio oculto por las gafas oscuras, vestigio alguno de la armonía de las fac-

ciones de entonces. Incluso su provocadora silueta había perdido las formas que atraían tantas miradas.

—Soy yo, —la oyó decir en apenas un susurro—. ¿No me reconoces?

—Por supuesto que sí, —le aseguró, a la par que se levantaba de la butaca y rodeaba la mesa para acercársele y abrazarla. Luego la empujó hacia uno de los sillones destinados a los clientes y tomó asiento en el de enfrente.

—¡Cuánto tiempo, Mariví! No sabes lo que me alegro de verte. Han pasado tantos años... ¿Cómo estás?

Tardó su amiga en contestar. Antes sacó un pañuelo de su bolsillo y se sonó delicadamente.

—Mal. Estoy mal. No sabía a quién acudir y... por eso he venido a verte.

En silencio la contempló Lilian. Con la cabeza baja, parecía examinar el gastado tejido de sus pantalones como si no se atreviera a levantar la mirada hacia ella.

—¿Por qué estás mal?, ¿qué te sucede?

Aún con los ojos fijos en su pantalón, esbozó su amiga un ademán de impotencia con las manos, que luego dejó caer a lo largo de su cuerpo.

—Es que no sé qué hacer, —susurró.

Estaba acostumbrada Lilian a escuchar manifestaciones como la que acababa de oír en las personas que acudían a su despacho con la intención de divorciarse, por lo que procuró adoptar un aire comprensivo para animarla a que se explayara.

—Bueno, sí, pero si me cuentas lo que te ocurre, tal vez podamos encontrar entre las dos una solución para tus problemas. ¿Es que has terminado con Gabriel?

Meneó Mariví negativamente la cabeza, siguiendo con un dedo la mal planchada raya de sus pantalones.

—No, no. Lo he intentado en varias ocasiones, pero él no me lo ha permitido. Él...

—¿Que no te lo ha permitido?, —la interrumpió incrédulamente Lilian—. ¿Quieres decir que te ha obsequiado

con una sesión de lacrimógeno sentimentalismo?

Permaneció Mariví indecisa unos instantes. Ahora la miraba de frente, pero con las gafas oscuras no alcanzaba a distinguir sus ojos, aunque le dio la impresión de que un lagrímón le resbalaba por la mejilla.

—No, no, —repitió al fin—. Gabriel no es un hombre tierno ni sentimental. Me lo pareció cuando le conocí, pero estaba completamente equivocada.

Se levantó Lilian de la butaca y fue a sentarse tras su mesa. Acodada en su brillante superficie, repasó con la mente el cuestionario al que solía someter a las clientes que acudían a su despacho con problemas matrimoniales. ¿Sería ese el propósito que había movido a su amiga a presentarse en su despacho?

—¿Llegaste a casarte con Gabriel? —le preguntó impasible con la finalidad de delimitar su caso dentro del cauce procesal que le correspondía.

—No, no, es solo mi pareja. Hemos vivido juntos estos años, pero él se ha negado siempre a pasar por la vicaría. Es ahora cuando ha cambiado de opinión.

—Y ahora eres tú la que no quieres casarte, —aventuró Lilian—. ¿Me equivoco? ¿Y por qué no quieres casarte?

Vaciló ostensiblemente Mariví. Agachó nuevamente la cabeza, meneó ambas manos y finalmente se decidió a quitarse las gafas. No pudo evitar ella sobresaltarse ni que a su rostro asomase una expresión de sorpresa al distinguir los moratones que ostentaba el semblante de su amiga, tumefacto e hinchado. En ese momento se estaba despojando también esta del pañuelo que llevaba al cuello y pudo apreciar con toda claridad las huellas, igualmente amoratadas, de unos dedos marcados sobre su piel. Con enorme esfuerzo recobró Lilian su expresión imperturbable.

—¿Te ha pegado?, —inquirió en tono impersonal.

—Sí.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros Mariví en un gesto de absoluta desolación.

—Por nada.

—¿Por nada? ¿Has presentado una denuncia en la comisaría?

—No, no. Había bebido cuando llegué anoche a casa y... Me ha jurado por lo más sagrado que no se volverá a repetir.

Inspiró hondo Lilian para acumular paciencia. Había visto tantos casos similares en su despacho que no lograba asimilar la idea de que sus clientes fueran capaces de creer a sus parejas cuando estas se arrepentían de sus violentas agresiones y formulaban unos propósitos parecidos, que incumplían seguidamente sin un motivo aparente.

—¿Ha sido la primera vez?, —le preguntó, simulando tomar notas en un papel para que la otra no pudiera captar la irritación que experimentaba y que luchaba por no dejar traslucir.

—No, no. En estos años se ha repetido muy a menudo. Es que él...

Se interrumpió para secarse una lágrima, por lo que Lilian la animó a continuar.

—Sí, me estabas diciendo que durante el tiempo en el que habéis estado viviendo juntos, te ha pegado a menudo. ¿Por qué lo has consentido?

Volvió Mariví a encogerse de hombros. Con la desconsolada expresión que asomaba a su rostro no recordaba en nada a la amiga, segura de sí misma, que antaño destroza-ba corazones en la facultad.

—¿Qué por qué?, porque no tengo a donde ir, ¿no lo entiendes? Supongo que a ti te resultaría muy fácil despachar a tu pareja si te encontraras en mi caso, —replicó en un tono que dejaba entrever un velado resentimiento—. Tú siempre has sabido cuidar de ti misma. Tienes la suerte de razonar con la cabeza en toda circunstancia sin que tus sentimientos interfieran. Por eso disfrutas de una profesión y

de una independencia económica de las que carezco yo, porque en su momento no me sentí capaz de ejercer la abogacía y me vi obligada a resignarme a vender bolsos en una tienda.

Se interrumpió nuevamente para secarse los ojos. Luego continuó:

—No puedes entenderme, porque somos muy distintas. Mientras tú ibas adquiriendo más y más prestigio y la admiración de todos los que te rodeaban, yo tuve que contentarme con trabajar de pie durante ocho horas en una tienda y aguantar a una jefa que me puso de patitas en la calle en la segunda ocasión en la que aparecí en el trabajo con la cara irreconocible. La primera me mandó a una comisaría a presentar la denuncia, lo que no hice, y la segunda me despidió.

—¿Y por qué no le hiciste caso y presentaste la denuncia?, —le preguntó Lilian sin expresión.

—Porque no me atreví. Gabriel me embaucó cuando le conocí, pero después, cuando empezó a ponerse violento por nimiedades, me aterrorizaba hasta el extremo de no conseguir razonar. Tú has podido siempre elegir el que te gustaba dentro de los que más te convenían. En cambio yo... yo tuve que contentarme con la oportunidad que me surgió.

En esa ocasión no pudo impedir Lilian que la extrañeza más absoluta le asomase al rostro al oír la increíble apreciación de Mariví sobre las oportunidades de que habían gozado las dos. Pero si había sido justamente todo lo contrario..., se dijo. Era su amiga la que durante los años en los que fueron estudiantes derrochaba seguridad en sí misma, la que atraía a todos los hombres que conocían, la que la eclipsaba en todas las circunstancias que compartían hasta el extremo de hacerla sentir invisible para el sexo contrario. No había llegado a tener conocimiento Mariví de la frustrante experiencia que había tenido ella con Alfonso, pero

¿cómo podía haberse forjado una idea tan equivocada sobre el carácter y la imagen de las dos?

—Me parece que has tergiversado absolutamente tus recuerdos, —comentó en tono intrascendente, no exento de ironía—. Tenías admiradores a cientos cuando éramos estudiantes, no ejerciste la profesión, porque la dueña de la tienda de la calle de Serrano te ofreció un buen sueldo, aproximadamente el doble del que por aquel entonces ganaba yo como pasante, y te enrollaste con Gabriel porque te deslumbró. Podías haber elegido otro entre los muchos que lo pretendían, así que no te autocompadezcas. Es mucho más práctico que reconozcas que te equivocaste y que pongas remedio, ya que estás a tiempo.

Clavó su visitante en ella sus hinchados ojos, bordeados de unos círculos amoratados. En otros tiempos eran grandes y bonitos, de color violeta, con pestañas largas y rizadas, pero los que ahora fijaron en Lilian su mirada no le parecieron a esta ni el remedo de lo que fueron.

—¿Remedio? ¿Cómo?

—Puedes dejar a Gabriel y presentar una denuncia por violencia de género. Pediremos medidas cautelares y con toda seguridad el juez que conozca del caso dictará contra él una Orden de Alejamiento. Cuando se vea el juicio dentro de un mes, más o menos, puede que incluso le mande a prisión.

Abrió la boca su amiga y permaneció en esa posición unos instantes como si no entendiera la sugerencia.

—¿Y no podrá acercarse a mí?

—Desde luego que no.

La observó dubitativamente Mariví.

—¿Pero y si...? ¿Y si hace caso omiso de lo que el juez decida?

También lo estaba pensando Lilian, pero se limitó a encogerse de hombros.

—Si incumple la Orden, el juez le enviará a la cárcel.